

ANGELES VADILLO



Las Brunildas ^γel
Libro de los Conjueros

ilustrada



Las Brunildas y el Libro de los Conjuros

hoy visitaremos una de las bibliotecas más viejas del mundo —explicaba la profesora a todos sus alumnos—. Esta es la más interesante, tiene todos los libros que podáis imaginar, los más extraños de todos los tiempos y los más antiguos, no se sabe a ciencia cierta quién la fundó, ni quién es el dueño; solo se sabe que aquí trabajan los mejores librereros.

—Profe, se ve muy vieja, parece sacada de alguna película de miedo, ja, ja, ja, ja, ja.

Todos empezaron a reír, haciendo bromas del dicho.

—Caray, mirad la entrada y las estatuas, parece que te observen —dijo Daniel, mirando fijamente una de las estatuas que parecía mirarle a él, era enorme y tenía una imagen de mago de cuentos: la barba larga, el cabello por los hombros, y en los labios como una sonrisa. Parecía sonreírle.

—Ja, ja, ja, ja, parece sacado de una película de cuentos de hadas.

Entre bromas entraron en el edificio. Era tan peculiar el lugar que parecía que iban a aparecer personajes

Las Brunildas y el Libro de los Conjuros

extraños: brujas y duendes, o princesas y dragones, o magos con sus varitas mágicas.

Las estanterías llegaban hasta el techo. Eran de madera oscura, y estaban llenas de libros tan viejos que daba la impresión de que si los tocabas se desintegrarían en las manos; tenían las tapas marrones y gastadas, como si miles de personas las hubieran manoseado.

Las escaleras eran también de la misma madera, estaban diseñadas en dos direcciones con un descansillo en medio, desde donde se veía toda la librería. Bajo la escalera había dos puertas y más estanterías, tan llenas como las de arriba. No se veía ni un solo hueco, parecía otro mundo. La escalera terminaba en otra sala, que daba la impresión de que poca gente había entrado allí; al otro lado de la escalera se veía otra puerta, en esos momentos entreabierta.

La curiosidad hizo que Daniel y Lisa subieran las escaleras sin quitar la vista de aquella puerta que parecía llamarles, como si algo les impulsara a subir; pero alguien les llamó desde abajo, interrumpiendo sus pensamientos y su curiosidad.

—Vamos chicos, tenemos que irnos, la biblioteca tiene que cerrar.

—¿Podemos coger un libro?

Daniel no pudo evitar la pregunta. Quería volver otro día, y era la excusa perfecta; si cogía uno no ten-

Las Brunildas y el Libro de los Conjuros

dría más remedio que volver para devolverlo. Lisa, que sabía lo que tramaba su amigo, apoyó esa pregunta a la profesora:

—Yo también quiero llevarme uno.

—Hay que preguntarle al librero si podéis hacerlo. Estos libros son muy especiales, son colecciones de todos los tiempos, historias que desde hace miles de años se guardan aquí.

Se acercaron al mostrador, donde un anciano parecido a la estatua que estaba en la enorme puerta de la entrada miraba un libro acariciándolo como si de un tesoro se tratara.

Encima de él había otra estatua que parecía tener vida. Era perfecta; quien la hubiera tallado sin duda fue un genio. Era un enorme búho que parecía mirarlo todo como si fuera un guardián de lo que allí había.

El anciano los miró, con la misma mirada de quien sabe todo lo que le vas a decir. Con una sonrisa que iluminaba todas sus facciones les informó:

—En estos momentos no podéis llevaros ninguno; pero volved y entonces podréis leer todo lo que queráis aquí. Estos libros no pueden salir bajo ningún concepto, si les diera el sol se estropearían.

—Gracias, señor, es usted muy amable.

Era extraño, pero el búho parecía sonreírles también.

Las Brunildas y el Libro de los Conjuros

Al salir se dieron cuenta de que también había algunos cuadros bastante extraños. Eran imágenes de bosques encantados, criaturas de películas de terror, y algunos paisajes de pueblos y aldeas,

Era todo tan interesante que Daniel y Lisa no querían irse todavía, aunque ya les habían avisado de que iban a cerrar. Solo disponían de unos minutos para empaparse con la mirada de todo lo que allí había.

—Vamos, chicos, tenemos que irnos.

Todos comentaban lo mismo.

—Ha sido una visita interesante.

Algunos de ellos solo habían visto libros muy viejos y «una librería cochambrosa» (fueron sus palabras); lo único que les había gustado era una estatua que parecía un troll, junto a otra que simulaba ser un ogro enorme, como sacado de algún cuento de niños pequeños. Eso les había entusiasmado; reían al recordarlos, mientras subían al autobús que les llevaría de nuevo a la ciudad.

Daniel, metido en sus pensamientos, no se dio cuenta de que Lisa le estaba hablando hasta que ella le propinó un codazo para llamar su atención.

—¿Te has fijado en el tapiz que había en una de las paredes de la sala bajo la escalera?

—No he llegado a entrar en ella, ¿que había allí?
—pregunto interesado.



Las Brunildas y el Libro de los Conjuros

—Era una maravilla, dragones azules entre mariposas de todos los colores en medio de un lago donde el sol ponía rayos que hacían que el agua pareciera plateada.

—Eso no lo he visto, pero pienso volver. Quiero verlo todo más de cerca, y leer esos libros que parecen llamarme igual que el búho o el viejo librero o la estatua de la entrada.

—Qué extraño, a mí también me daba esa impresión. Yo también quiero volver.

Cuando llegaron a la escuela, ya era la hora de salir. Cada uno recogió su mochila y se fueron como cada día, todos hacia su casa. Daniel y Lisa, además de ser amigos, vivían en la misma calle, así que iban y venían juntos del colegio.

Esa noche ninguno de los dos pudo conciliar el sueño. Estaban tan emocionados con lo que habían visto que les resultaba imposible dejar la mente en blanco; cuando se quedaron dormidos, un sueño extraño les invadió. Se encontraban de nuevo en aquel lugar. El anciano de la entrada les invitaba a entrar, y todos los personajes cobraban vida delante de sus ojos. Los dragones de Aina volaban por todos lados, junto a las mariposas; había duendes por todas partes leyendo aquellos libros extraños. El búho daba órdenes a todos, y el anciano del mostrador les sonreía

Las Brunildas y el Libro de los Conjuros

como si les conociera de toda la vida. Los trolls y los ogros estaban atados en un rincón de la librería, y tras ellos en un cuadro había tres ancianas en una casita de bosque a un lado un huerto lleno de niños trabajando, y volando sobre sus cabezas un montón de cuervos negros y murciélagos. Era todo tan extraño... sabían que era un sueño que soñaban los dos a la vez, pero no podían salir de él, estaban atrapados dentro de la misma pesadilla.



Por la mañana amanecieron tan cansados que no tenían ganas ni de desayunar. Era domingo, y habían quedado para visitar al abuelo de Daniel, que vivía en las afueras de la ciudad en una casa familiar heredada del abuelo de su abuelo; o sea, la casa pertenecía desde hacía siglos a la misma familia. Casi ni se sabía quién fue el primer dueño de aquel caserón donde vivía el abuelo con la bisabuela. Todos los domingos, Daniel y Lisa iban a verlos para disfrutar de su compañía, de sus historias y de su comida, que siempre estaba muy rica.

Cuando llegaban en el autobús, se dieron cuenta de que cerca de la casa la fachada y la escalinata de lado del abuelo era igual que la fachada de la librería

Las Brunildas y el Libro de los Conjuros

donde estuvieron, y que tanta impresión les dio. Hasta la puerta de entrada les pareció igual; solo faltaba la estatua del viejo mago que sonreía y miraba.

—Me imagino que en aquellos años muchos edificios se hacían igual, por eso tendrán tanto parecido.

Daniel seguía con la vista la casa, igual que Lisa, que no podía dejar de mirar. ¿Quién viviría allí? Seguro que alguna familia que heredaría como su abuelo la casa de generación en generación. Le preguntarían al abuelo.

Cuando iban a abrir la verja del jardín, observaron que desde una de las ventanas del piso de arriba de la casa de al lado alguien les observaba. Parecía un niño como ellos. Les miraba igual que ellos a él, observándose mutuamente. Su mirada tenía algo que les llamaba la atención, era como si se conociesen, aunque sabían a ciencia cierta que nunca se habían visto.

—Qué extraño, Lisa. ¿No te parece que lo hemos visto en algún lugar?

—Sí —contestó ella—, me ha dado la misma impresión que a ti.

—Entremos y preguntemos al abuelo, quizás nos pueda contar algo de su vecino de la casa de al lado. Todo parece muy extraño.

Su abuelo ya salía a recibirlos con los brazos abiertos y la sonrisa puesta en los labios.